

sando el islamismo. Mahoma perdonó al esclavo abisinio Wahshi, que había matado al héroe Amsa en la batalla de Ohod. De las mujeres condenadas á muerte, Ind, la más feroz y violenta de todas, debió la vida al celo que desplegó el día de la conquista contra los ídolos. Ertema, una de las cantatrices de Abdollah, hijo de Schatal, que había merecido la muerte por sus canciones satíricas, se salvó haciéndose musulmana, pero su compañera Carita exhaló el espíritu en la cruz. También sucumbieron Saa, liberta de Abdol Motallib, Erneb, liberto de Achta, y Omm Saad. La sentencia de estas diez y siete víctimas, motivada por venganza pública ó personal, aparece con colores más ó menos funestos, según se decida la cuestión agitada entre los doctores del islamismo, sobre si la Meca fué conquistada á mano armada ó si se rindió espontáneamente; pues en el último caso, la condenación sería imperdonable.

Después de la conquista de la Meca, Mahoma hostilizó las tribus siempre enemigas de los Beni Ewasim y Sakif. Llamase esta la expedición de Onein, ó también de Etwas, donde se retiraron los enemigos dispersos. Las tribus Ewasim y Sakif habían unido sus fuerzas con las de los Beni Cossem y Beni Saad (á los cuales pertenecía Alim, nodriza de Mahoma). Su desgracia fué que Malik Ben Aus, su caudillo, que estaba en la flor de la edad y sentía todo el ardor de la juventud, no siguió los consejos de Doreid Ben Sana, viejo de ciento veinte años. Mahoma marchó en persona á Onein, vistiendo dos corazas, llamadas Sofdiget y Sathol-fodhul, que según la leyenda, vestía David cuando venció al gigante Goliat. Distribuyó las cuatro banderas del ejército, dando á Alí la de los emigrados, á Obab la de los Scharesc, á Esed la de los Aus, y la suya á Saad Ebi Wakkas. Tenía junto á sí á su tío Abbas y al neófito Ebi Sofian. Aquí, como en Bedr, vieron los fieles tropas auxiliares de ángeles; aquí como allí, un puñado de arena arrojado por el Profeta contra los enemigos los puso en fuga. Abbas, cuya voz era tan fuerte que si subía por la noche al Monte Selaa y llamaba á su esclavo, distante ocho millas, este oía, llamó de nuevo á los musulmanes desbandados al hervor de la pelea, que ardía como un horno. Mahoma, que se había servido de esta palabra para expresar la violencia de la batalla, pronunció también algunos versos rimados, habiéndose suscitado entre los doctores y biógrafos la disputa de si, no obstante la rima y el metro, son poesía ó inspiración divina (1).

Mientras duró el peligro, Mahoma oraba: « ¡Oh Dios! eres y serás; eres el viviente que no muere; los ojos duermen y las estrellas se oscurecen; pero tú eres el viviente, el inmutable, que no duerme ni se aletarga. ¡Oh viviente, oh inmutable! » Al fin la batalla se inclinó á favor de los musulmanes; Rebiaa Ben Rafii

(1) *Eni Ennebi la ckeeb Ena Ibn al-Motalleb*; « Soy el Profeta que no miente, soy el hijo de Abdol-Motallib. »

penetró hasta la litera del anciano Doreid, y le asestó un golpe sin efecto: « ¡Qué miserables armas (dijo el viejo sonriéndose) te ha dado tu madre! Toma mi bien templado acero si quieres matarme; pero ten cuidado de no herir el hueso y hacer saltar el cerebro; porque así hieren los valientes. Si vuelves á tu casa, dí á tu madre que has muerto á Doreid Ben Sana con la espada con que él defendió más de una vez á vuestras mujeres. » El vil Rebiaa mató al canoso anciano, y llevó la embajada á su madre, que le acogió con el desprecio que merecía. Los enemigos derrotados se retiraron á Ewas. De los musulmanes perecieron cuatro valientes; setenta de los enemigos.

En el mismo año se verificó la expedición de Taif contra los Beni Sakif, dueños de la ciudad. Taif, distante de la Meca dos jornadas, es famosa por lo exquisito de sus frutos, don, según dicen, de la bendición de Abraham. Durante el asedio, Mahoma oraba en la tienda de sus mujeres Omm Selma y Seineb Akim, que le acompañaron en este viaje. Omar y Schaula, mujer de Osman Ben Mesuun, aconsejaban dar el asalto á la ciudad; pero Mahoma contestó que no tenía el permiso de Dios. Á pesar de esta respuesta, cedió á las súplicas de sus compañeros, ansiosos de victoria y de botín. Muchos de ellos salieron heridos del combate, pero el botín fué muy copioso. Dividieron entre sí seis mil prisioneros, veinticuatro mil camellos, cuarenta mil ovejas, cuatro mil occas de plata, y se dió una rica parte á Ebi Sofian y á sus dos hijos Moawia y Yesid. Á cada soldado de á pie tocaron cuatro camellos ó cuarenta ovejas, y á cada soldado de á caballo doce camellos ó ciento veinte ovejas; de modo que se apreciaba un camello en el decuplo de una oveja.

Al combate de Taif siguió una serie de expediciones, cuya importancia consiste las más de las veces en el nombre del caudillo, de las tribus, de su domicilio, y hasta de sus ídolos. Saad Ben Seide el-Escheli se encargó de derribar el ídolo Menat, venerado en el Monte Moschelschel por las tribus Aus y Scharesc antes que se convirtiesen al islamismo. Ebu Amir el-Eschaari, junto con su sobrino Ebu Musa el-Echarri, hicieron durante la expedición de Onein una correría á Ewtas. Tofail, hijo de Amru, fué á quemar el ídolo de madera Sulkefeien, esto es, de las dos manos, de la tribu de Aus. Abdollah Ben Ebi Adrada se encargó de un reconocimiento en el territorio de los Beni Cossem, que le valió solo trece camellos.

Más importantes fueron el motivo y el resultado de la expedición contra Manta en Siria. Scherhebil Ben Amru, á quien Mahoma envió como embajador al emperador griego, había sido muerto en Manta, y Seid Ben Arese partió á vengarle á la cabeza de tres mil valientes. Mahoma, cuando entregó la bandera al caudillo, mandó á las tropas que matasen ancianos y niños, que extirpasen árboles y vidas, que destruyesen edificios y monumentos: « ¡Id á la

guerra santa en nombre de Dios! ¡Matad á los enemigos de Dios y nuestros en Siria! » Cerca de Manta pereció el caudillo Seid Ben Arese, y tomó la bandera Caaser, hijo de Ebi Talib, primo de Mahoma; pero habiendo sucumbido también este, la empuñó Abdollah, hijo de Rewaha, que tuvo igual suerte que sus predecesores. Sabit Ibu Ercam la cogió entonces y dijo: « ¡Musulmanes! elegid un jefe. Unánimemente aclamaron á Schalid, hijo de Welid, el cual rompió en esta batalla nueve sables sobre los cráneos de los enemigos, y ganó el honoroso nombre de *espada de Dios*. Mahoma consoló á la viuda de Caaser asegurándole que su esposo volaba al paraíso con alas de rubíes; por lo que es famoso bajo el nombre de Caasar Tajar, es decir, *el volador*. El Profeta envió á Cais Ben Saad con cuatrocientos hombres contra los Beni Sadd en el Yemen; pero habiendo presentado Saad Ben Aris en el intermedio el homenaje de su pueblo, se llamó á Cais. Ebu Obeidet Ibnol Gerrah, uno de los principales héroes del islamismo, condujo trescientos valientes á una excursión contra los Beni Codeine y los Beni Bekr, para castigarlos por algunos robos. Al tiempo de partir, dió Mahoma á Ebu Obeidet un saquito con cuarenta dátiles, ordenándole comer uno cada día; cuando se comió el último, la expedición estaba terminada.

Schalid, hijo de Welid, confirmó el nombre ganado en Manta con otras dos expediciones. La primera contra Nacla, situada entre la Meca y Taif, para destruir allí el ídolo Asa, de los Beni Kenane: Satanas, que lo animaba, salió bajo la figura de una bruja que vertía sangre á los golpes de la espada de Dios. La segunda, emprendida con trescientos valientes, tuvo por objeto la conversión de los Beni Codeine, rama de los Beni Selim, conocidos entre los Árabes bajo el nombre de Chupa sangre, á causa de su crueldad. Habían matado al tío de Schalid y al padre de Abderraman Ben Auf, y otras muchas personas de consideración. Vinieron armados á profesar el islamismo. Schalid quiso antes sus armas, y cuando se las entregaron, les mandó atar las manos á la espalda, y ajusticiarlos uno á uno. Al saber Mahoma esta infame crueldad, dijo tres veces: « Declaro no haber tenido parte alguna en ella. » Schalid se disculpó, diciendo que lo había hecho tan solo para asegurar contra las violencias de los Beni Codeine á los sectarios del Profeta que le acompañaban. Entonces Mahoma pronunció aquellas palabras que nos ha conservado la tradición: « No ultrajéis á mis sectarios; si alguno de vosotros acumulase oro capaz de competir en altura con el Monte Ohvo, no adquiriría tanto mérito como ellos con un cuarto ó un octavo de fanega (1). »

(1) « Con un mudd, ó con medio mudd. » — Mudd es una medida de 3 1/2 rotli; el estajo (equivalente á poco menos de una fanega) tiene 4 mudds; hay también un peso de 12 okes; el oke vale 4 dracmas, y el dracma equivale al gros de Francia.

Ebu Cotade, Galib y Amru mandaron sucesivamente dos expediciones cada uno, como Schalid. Ebu Cotade cogió la primera vez, con quince hombres, doscientos camellos y dos mil ovejas á los Beni Gafan que habitaban en el país de Nec: en el reparto un camello equivalió á doce ovejas. La segunda vez fué con ocho hombres al Monte Adham, distante de la Meca dos farsangas, y se reunió á Mohallim, jeque de la tribu Schandaf. En el camino encontraron á Aamir, jeque de la tribu Cais, contra quien Mohallim alimentaba de antiguo cierto rencor: Aamir le saludó, Mohallim devolvió el saludo, y no por eso dejó de darle muerte. Á la vuelta, hallaron á Mahoma en Sabia, entre Medina y Safa. El Profeta, informado del caso, condenó la conducta de Mohallim tan ásperamente como había condenado la de Schalid en el asesinato de los Beni Codeine, y descendió del cielo el versículo del Corán: « ¡Oh creyentes! cuando vayáis á la guerra santa, pesad bien vuestras acciones; al que os salude y saludéis, no le digáis: ¡Eres un infiel! mientras que solo buscáis los bienes de este mundo (cap. IV, v. 93. » El saludo del islamismo es este: *El-selam aleib* (¡salve!), y se responde con las palabras: *Aleibes selam* (¡la salud sea contigo!). En esta respuesta se contiene ya la seguridad de no atentar á la vida; y quitarla una vez dada tal seguridad, es proceder deslealmente. Aiginel Ben Asim pidió en nombre de la tribu del muerto la multa por la sangre derramada, que se fijó en cien camellos. Cuando el homicida se presentó á Mahoma, suplicándole que perdona-se su pecado, el Profeta exclamó tres veces; *¡Dios mio, no le perdonéis!* Siete días después murió Mohallim; el sepulcro le arrojó de sí muchas veces, hasta que Mahoma ordenó sepultarle en otro lugar, donde sus huesos hallaron descanso.

Galib, hijo de Abdollah Leise, fué enviado la primera vez á Keded contra los Beni Molawah: cuando volvía cargado de botín, le salvó del excesivo número de enemigos que le perseguían una repentina lluvia que, hinchando el torrente del valle, detuvo á aquellos. La segunda vez marchó contra los Beni Merre que habitaban en las cercanías de Fedek, y volvió á Medina con un botín abundante. Amru Ibnol Aas fué mandado la primera vez con trescientos hombres contra los Beni Codhaa que se habían reunido detrás de Wadiolcora, á diez jornadas de Medina; como se condujese á los prisioneros en cadenas, esta expedición se llamó también *de las cadenas*. La segunda vez salió de Medina para destruir el ídolo Sirwan de los Beni Udeil.

En aquel año, señalado por la conquista de la Meca, y por las victorias de Onein y de Taif, Mahoma envió de nuevo tres embajadas á reyes extranjeros. Allai Ben Adremi fué con una carta á Monfer Ben Sawi, soberano de Bahrein, invitándole á aceptar el islamismo: Monfer contestó humildemente que algunos de sus súbditos eran

musulmanes, y muchos Judíos ó magos: Mahoma en su réplica le ordenó someter estos á la capitacion y abstenerse de los matrimonios con ellos, y de comer la carne de sus víctimas. Cuando Amru Ben Aas volvió de las dos susodichas excursiones, fué enviado á Geifer, rey de Omman, invitándole á profesar la nueva doctrina. Geifer, despues de leer la carta, pidió tiempo para reflexionar; se aconsejó con su hermano Abd, y ambos se convirtieron al islamismo. La tercera embajada fué la de Schechaa Ibn Weheb á Gebele, hijo de Eihem, rey de los Beni Gasan en Siria, donde la ciudad de Gebele lleva todavía su nombre. Gebele se convirtió al mahometismo; pero bajo el califato de Omar, en la procesion al rededor de la Caaba, rompió los dientes á una mujer del vulgo que le empujaba con fuerza, y cuando Omar le condenó á la pena del talion, dijo: « Si siendo, como soy, príncipe, debo sufrir cosas tan indignas en el islam, me hago de nuevo cristiano. — En ese caso (respondió Omar) te corto la cabeza. » Gebele pidió el plazo de una noche para arreglarse con su acusadora; pero aquella noche huyó á Siria, y de allí á Constantinopla, junto al emperador griego. La narracion de sus aventuras en la corte de Constantinopla contrasta con lo que la leyenda refiere acerca de la acogida que dió Heraclio á los embajadores de Mahoma. En este año la esclava cofta Maria parió al Profeta el hijo Ibruhim, y murió la hija Seineib.

Henos ya en la última expedicion santa de Mahoma, y la primera fuera de los límites del Arabia, preludio de las grandes conquistas de los califas que le sucedieron, y que se llama la expedicion de *Zebuk*, punto adonde se dirigió; de las dificultades, á causa del calor y de la penuria de agua que tuvo que soportar el ejército; y la *ignominiosa*, con motivo de los obstáculos que opusieron los públicos y secretos enemigos de Mahoma. El fundamento principal de la oposicion estribó en exigir el sacrificio de una contribucion de guerra; pues para los gastos de las provisiones necesarias y para suministrar los camellos, se requerian sumas que solo podian reunirse con subsidios extraordinarios de los creyentes.

Abubekr dió el brillante ejemplo de ofrecer todos sus bienes, consistentes en cuatro mil dirhem; Omar dió la mitad, Talha la mayor parte de los suyos, Abderrahman doscientas cincuenta libras de plata, Osman doscientos camellos, que habia destinado á una empresa mercantil. Las mujeres compitieron con sus maridos en ofrecer oro y adornos. Pero el primer mal ejemplo lo dió Ged Ben Cais, que se habia abstenido tambien del espontáneo homenaje bajo el árbol en Odaibe. ¿Vienes conmigo (le preguntó Mahoma) contra los hijos de los pálidos (los Griegos)? Adujo la necia excusa de que, siendo como era ardiente adorador de todos los hermosos rostros, temia arriesgar su fe en esta expedicion, á causa de los hermosos Griegos y de las hermosas

Griegas. Mahoma le volvió las espaldas, y descendió el siguiente versículo del Coran contra los que, por diversos motivos, rehusaban tomar parte en la expedicion: « Algunos dicen: « Exeptuianos de la guerra y no nos expongas » á la tentacion: » ¿no han caido ya? ¡Por Dios! ¡El rodeará de llamas á los infieles! (cap. IX v. 51). » Noventa de los Beni Gafan se negaron tambien á tomar parte. El Profeta se alejó, y á esto alude el versículo del mismo capítulo: « Muchos Árabes del desierto han venido á excusarse y á pedir que se les exceptúe de la guerra; son los que acusan de mentira á Dios y su Profeta. Un doloroso castigo los amenaza (cap. IX, v. 92). »

Pero la oposicion mas fuerte consistía en Ibn Ebi Seluk, con los Hebreos convertidos solo en apariencia. Los principales se reunieron en casa del Judío Soilem, y dieron libre curso á su critica de la expedicion. Entónces Mahoma ordenó á Thala Ben Abdollah que quemase la casa de Soilem, donde estaba el conciliábulo de la oposicion. Los descontentos decian de Alí, á quien Mahoma dejó en Medina como su lugarteniente, que se habia quedado porque no podia sufrir á la expedicion ni al Profeta. Miétras el ejército acampaba en Serf, llegó Alí, sabedor de aquellos rumores, y suplicó á Mahoma le permitiese desmentir la calumnia participando de la expedicion. Pero el Profeta dijo: « ¡Oh Alí! ¿á qué cuidarse de las palabras de los mentirosos y de los hipócritas? ¿No te alegras de hacer mis veces, como Aaron las de Moises? Despues de mi no vendrá ningun otro profeta; eres el visir del último de los profetas. » Alí volvió contento á Medina. Otros desertaron en el camino, sin pretexto alguno; al contrario de los que, separados accidentalmente, volvieron. Como el ejército murmurase, á causa de los desertores, Mahoma dijo: « ¡No os aflijáis! Si hay en ellos algo de bueno, volverán; si son malos, alegráos de su ausencia. »

El ejército, á pesar de la desercion, compuesto de treinta ó cuarenta mil hombres, marchó á Siria, en cuyas fronteras le esperaba otro griego de igual número. Cuando llegaron á Iser, capital un tiempo del pueblo que mató el camello del profeta Salih, donde ruge el espíritu de aquel animal encerrado desde entónces en la roca, Mahoma se cubrió la cabeza con su capa, y todos le imitaron, pasando adelante con gritos y acelerados pasos, para que no les aterrase el rugido del espíritu. Lo mismo hace todos los años la caravana de peregrinacion á la Meca. En Aila, puerto marítimo en la extremidad del Golfo Árábigo, se presentó Yohana Ben Rubeli, señor de Aila, con diputados de las ciudades sirias Gerba, Asreh y Mina, para someterse al Profeta. Mahoma aceptó su sumision, con tal que en lo sucesivo pagasen el impuesto, y les dió el siguiente salvoconducto: « ¡En nombre del Dios clementísimo, piadosísimo! Este lo da Dios y Mahoma, su enviado, á Yohana Ben Rubeh, á los habitantes de Aila y á su obispo; via-

jen por mar y tierra bajo la proteccion de Dios y del Profeta Mahoma, y de los habitantes de Siria y el Yemen, y de las castas que siguen la doctrina. Los que en adelante les quiten su hacienda, se condenarán. Mahoma es bueno para los hombres que le toman por protector, él no permite que se ponga obstáculo á su voluntad en la tierra ni en el mar. » La carta de franquicia para los habitantes de Gerba y Asreh estaba concebida en estos términos: « ¡En nombre de Dios clementísimo, piadosísimo! Esta es la palabra del Profeta Mahoma para los habitantes de Asreh y Gerba. Estarán seguros en la seguridad de Dios y en la de Mahoma, si pagan bien y exactamente cada año cien monedas de oro en el mes de rageb. » Á los habitantes de Mina dió un documento parecido, con la condicion de entregar la cuarta parte de su cosecha anual.

Mahoma hostilizó durante veinte dias á Tebuk, y al fin celebró consejo de guerra para deliberar si debía aventurarse una batalla ó volverse. Omar dijo: « Si Dios te ha ordenado dar la batalla, nosotros debemos absolutamente aventurarla. — Si el Señor me lo hubiese ordenado (respondió Mahoma) no os consultaria. » Se decidió la vuelta. En la retirada, doce de los enemigos secretos de Mahoma se apostaron en el repecho de la roca de Akaaba, para espantar al camello del Profeta y que se precipitase. Aamar Ben Yasir conducía su camello, y Schodaifa le excitaba á andar. Este último asustó á los facciosos gritando: « ¡Caiga sobre vosotros, enemigos de Dios, su venganza! » Los desertores, encarcelados é interrogados, juraron que estaban inocentes: Mahoma les auguró, por sus designios y perjurijs, tumores en el cuello.

Con la expedicion de Tebuk coincidieron muchas otras. Miétras que Mahoma sitiaba á Tebuk, Schahid Ben Welid marchó contra Dunesol-cendel, y condujo á Mahoma Ekider, señor del castillo, y á su hermano, dos mil camellos, ochocientos caballos, cuatrocientas corazas y otros tantos arcsos. Aime, hijo de Isn, hizo prisioneros once hombres, veinte mujeres y treinta niños de los Ben-Temin, por haber negado su limosna legítima. Sohak marchó contra los Beni-Kelab, de su misma tribu, y los derrotó, con la pérdida de sus campeones. Welid, hijo de Akaba, fué enviado contra los Beni-Mostalak, rama de los Schosaa, para exigir la limosna negada, y cuando se mostraron condescendientes, Mahoma les envió á Ibn Besche como maestro, á fin de instruirlos mejor en los deberes del islamismo. Cataba Ben Aami hizo una excursion á Torbe contra la tribu Schosaam, y á Bischer, distrito perteneciente á la Meca. El combate fué reñido; casi ninguno volvió sin heridas; por lo cual á cada uno se le concedieron, en recompensa, cuatro camellos ó diez ovejas. Akarma marchó con trescientos combatientes á Gidde para defender el puerto de los corsarios; á la vuelta, miétras los suyos estaban acampados al rededor de un fuego de guar-

dia, les mandó arrojar á las Hamas si le eran verdaderamente obedientes; muchos estuvieron á punto de hacerlo, pero él los detuvo. Cuando Mahoma lo supo, profirió aquellas importantes palabras de la tradicion: « Si alguno de vosotros manda cosas malas, no se debe obedecer; » palabras que justificaron tan á menudo la rebelion contra los tiranos. Los Beni-Asa, Beni-Beli, Beni-Coleb y Beni-Fesare se habian reunido en Ibah; pero viendo venir á Akasche, hijo de Mosin, se dispersaron. Alí rompió y quemó el ídolo Fols, de los Beni-Tai, y condujo como botin tres espadas, tres lorigas y algunas jóvenes, entre ellas Sifane, hija de Atim Tai, á quien Mahoma devolvió inmediatamente la libertad por respeto al gran nombre de su padre, *el mas generoso de los Árabes*.

Hemos hecho mención, en el lugar correspondiente, de los monjes cristianos que influyeron en la juventud y en la edad viril de Mahoma, esto es, los monjes siriacos Néstor, Bahira y Sergio, á quienes vió en Basra, el monje oculista que visitó con su tío, y finalmente el eclesiástico, hijo de Naufil y primo de Cadiga: ahora, al concluir sus dias, nos encontramos aun con un monje árabe, Ebu Aamir, á quien Mahoma persiguió como maestro rival de religion. Era sobrino de Ben Ebi Seluk, el jefe de la oposicion de quien ya hemos hablado. Antes de promulgarse el islamismo, se habia hecho ya cristiano y monje, y Mahoma no le daba otro nombre que Aamir, el malo. Un dia preguntó al Profeta: « La doctrina que enseñas, ¿no es puramente la de Abraham? » Habiendo contestado Mahoma que sí, Ebu Aamir añadió: « Tambien yo la sigo. » — « No es verdad, » respondió Mahoma. — « Lo veremos, replicó Ebu Aamir; cubra Dios de ignominia al que » de los dos mienta. » — « Sea así, » dijo el Profeta. En el dia de la batalla de Ohod se acercó con cincuenta de los suyos á Mahoma, y le dijo: « Es muy justo que un infiel como yo me ponga bajo la bandera de tus enemigos. » Combatió valerosamente en sus filas, hasta la batalla de Onein, y entónces se refugió en Siria. Desde allí escribió á su tribu, los Beni-Ganem, que estaba en liga con el emperador griego, el cual habia determinado enviar un ejército contra Medina; que entretanto preparasen armas y dinero, y fabricasen una mezquita, la cual, luego que los Griegos conquistasen el país, podria cambiarse inmediatamente en iglesia ó en claustro. Durante la expedicion, se presentaron á Mahoma los Beni-Ganem, pidiéndole permiso de fabricar otra mezquita en Coba, donde él habia edificado la primera mezquita del islamismo. Mahoma, que entónces, á lo que parece, no tenia ningun conocimiento del promovedor de la fábrica, consintió; pero cuando á la vuelta de la expedicion de Tebuk llegó á Si-Awan, Gabriel le llevó los versículos del Coran que le ordenaban destruir aquella mezquita como perniciosa: « Algunos edificaron un templo por infidelidad, para perjudicar á los cre-

yentes, para desunirlos, y como una venganza de aquellos que hacen la guerra á Dios y á su Profeta. Juran diciendo: *Llevamos buen fin.* — Dios es testigo de que mienten. No entréis allí jamás; entra mas bien en el que fué fundado desde el primer día por temor de Dios (el primer día de la llegada de Mahoma á Caba); es mejor qué entres en este que en aquel, pues en este se reunen hombres que desean ser puros. Dios ama á los que aspiran á la pureza. ¿Es mas justo el que fundó su fábrica en el temor de Dios y en el deseo de agradarle, ó el que fundó la suya en un cimientito socavado por el agua, pronta á precipitarse con él en el infierno? Dios no guía á los malos. El templo que han construido será ocasion de duda en sus corazones, hasta que sus corazones perezcan. Dios es sapientísimo (capítulo IX). » En cuanto que se publicaron estos versículos, Mahoma envió á tres de sus fieles á demoler el edificio. Esta mezquita no es conocida en el islam sino con el nombre de *perniciosa*.

Mahoma acostumbraba decir que Dios habia puesto su felicidad en tres cosas: en la oracion, en las mujeres y en la fragancia. Como en estas palabras, así en su biografía, á la destruccion de la mezquita perniciosa ejecutada por el celo devoto, va unida inmediatamente la famosa escena del harem conocida bajo el nombre de *separacion*. Mahoma entró en la estancia de su mujer Afsa, hija de Omar, y no encontrándola, llamó á su esclava egipcia María, y se acostó con ella en el tálamo de Afsa. Esta, cuando volvió, dió libre rienda á sus celos y al justo despecho por haber profanado así el Profeta el tálamo de la mujer legítima. Él, para aplacarla, le dijo: « ¡No llores! renuncio de hoy en adelante á María; pero no hables á nadie de mi promesa. » Afsa no pudo contener su secreta alegría, y al momento la comunicó á Ayesa, que por haber sido hasta entonces la predilecta de las mujeres de Mahoma, tenia aun mas motivo que Afsa para estar celosa de la esclava que acababa de parir un hijo al Profeta; así, pues, exaltó su triunfo sobre la odiada esclava, divulgando la promesa de Mahoma. María, que era entonces evidentemente la favorita, como madre del único hijo, pretendia naturalmente las mismas consideraciones que las esposas, expuso sus justas quejas á Mahoma, y este, exasperado con aquellas conversaciones de Afsa y Ayesa, juró no acercarse en un mes á ninguna de sus mujeres, y cumplió su juramento, aunque grave. A los veintinueve días, visitó de nuevo á Ayesa, y habiendo esta observado con respeto que el mes no habia terminado aun, Mahoma le mostró que aquel mes no era de treinta días, sino de veinte y nueve.

La cólera de Mahoma por haberse divulgado el mandato secreto, la comprenderá quien reflexione que de ese modo vino á tierra toda su política del harem. Las fuentes de su biografía dicen que mantuvo la paz entre sus mujeres,

sobre todo haciéndole creer privadamente á cada una que la amaba mas que á las demas. Con tal objeto entregó á cada cual un anillo como prenda del máximo favor, prohibiéndole enseñarlo á otra. Un día, hallándose todas reunidas, le invitaron á declararse en ese punto, y él contestó: « La predilecta es la que posee mi » anillo como prenda del máximo favor. » Cada una se alegró considerándose la elegida; pero Ayesa sabia que ella sola tenia el anillo legítimo de la mision profética.

La prudencia de Mahoma, como legislador del harem, se vió sometida á mayor prueba por otro incidente que felizmente no le concernia. Aamir, hijo de Áris, refirió al Profeta, que habia sorprendido á su mujer con Scherik, y que no podia probarlo, por faltarle los cuatro testigos oculares que exigia la ley; de modo que, ó debía dejar ultrajado su honor, ó si se presentaba como acusador, debía incurrir en la pena establecida contra los que no podian justificar el hecho legalmente. Entonces vinieron nuevos versículos del Coran á sustituir á los que requerian los cuatro testigos: « Respeto de aquellos que acusan á sus mujeres, sin tener los cuatro testigos, debe valer por cuatro su propio testimonio, con tal que juren cuatro veces ante Dios que dicen la verdad; el quinto testimonio consiste en invocar la maldicion de Dios sobre sí mismo, si miente. No se aplicará ninguna pena á la mujer, si jura cuatro veces ante Dios que su marido miente; y el quinto testimonio para ella consiste tambien en invocar sobre su cabeza la cólera celeste, si ha mentado (cap. XXXIV). » Aamir y su mujer Schanla juraron ambos que decian la verdad y que la parte contraria menta; y como quinto testimonio, invocaron sobre sí la maldicion y la ira del Cielo si habian mentado: de este modo ella quedó impune. Este versículo se llama *de la maldicion*.

La indulgencia de Mahoma hácia las mujeres no se ve solo confirmada por los versículos del Coran, sino tambien por sus palabras y acciones. El siguiente párrafo revela su profundo conocimiento del corazon femenino: « ¡Tratad á las mujeres con indulgencia! fueron formadas de la costilla encorvada de Adán: la costilla es un hueso encorvado, y si queréis enderezarlo con violencia lo romperéis. ¡Tratad á las mujeres con indulgencia! » Las mujeres le debieron en Arabia la abolicion del infanticidio, mientras que antes era lícito á cualquiera ahogar á las niñas apenas habian nacido, y la igual participacion en las herencias. El precepto de ir siempre veladas y de no salir de casa fué motivado por la aventura nocturna de Ayesa. Como Mahoma se creía obligado por su honor á que las mujeres se cubriesen con un velo y á justificar á Ayesa en nombre del Cielo, de aquí mismo puede deducirse su grande indulgencia respecto á la infidelidad conyugal, para cuya justificacion se necesitaban cuatro testigos oculares. Es cierto que se estableció

como pena del adulterio la lapidacion; pero Mahoma dió á entender en varios casos con qué poca seriedad pensaba que este llegara á verificarse. Maas Ben Madik, famoso adúltero, fué á casa de Mahoma exclamando: « Purificame. — ¡Ay de tí! dijo Mahoma: ¡márchate! » Tres veces le habia despedido del mismo modo, y por último, la cuarta le preguntó: « ¿De qué quieres te purifique? — Del adulterio. » Mahoma se figuró que aquel hombre estaba demente ó ebrio, y cuando le informaron que ni una cosa ni otra, dijo: « ¿Habrás pecado tan solo » con los ojos ó con los labios? » Y viendo que Maas insistia en confesarse reo de verdadero adulterio, tuvo que mandarle aplicar, á pesar suyo, la pena del apedreamiento establecida en el Coran. Un incidente parecido le sucedió con ni una mujer de la tribu Esd, que por demasiado débil se hizo reo de impureza. Mahoma le ordenó que volviese á verle despues del parto, y en efecto fué y se acusó por segunda vez. El Profeta esperó á que hubiese criado al niño. Al cabo de dos años volvió con el niño que mascaba una corteza de pan: « ¡Ya ves, oh Profeta! dijo, que el niño está ya destetado. No hubo, pues, mas remedio que apedrearla. Como tales ejemplos de acusacion espontánea son raros, é igualmente rara la prueba de cuatro testigos oculares, apenas se encuentran otros dos ejemplos de apedreamiento por adulterio en toda la historia musulmana, y en la del imperio Osman solo hay uno llevado á efecto por un juez fanático.

En este año murió Omm Colsun, hija de Mahoma, mujer de Osman, al que, por haberle casado con dos hijas del Profeta, se le llama *poseedor de las dos luces*. Cuando Mahoma supo la muerte de su hija, dijo: « Daria con gusto una tercera hija por mujer á Osman. » Tan dolorosa como fué para el Profeta la muerte de su hija, otro tanto debió alegrarle la de su grande enemigo Ebi Ben Seluk. Siendo uno de los mas ilustres individuos de la tribu de los Ben-Scharesc, habia ademas aspirado á la dignidad real, y hasta se habia hecho preparar con tal fin una corona de oro. Esta grande influencia sobre la tribu Scharesc, la primera coligada con Mahoma en Medina, explica la necesidad de mirar con cierta consideracion á aquel poderoso jefe de los que se oponian al islamismo. Mahoma le visitó en su lecho de muerte, y le dijo: « ¿No te advertí muchas veces que te guardases de amar demasiado á los Hebreos? Pero no quisiste escucharme. » Ebi Ben Seluk rogó al Profeta que le diera su camisa para que le enterrasen con ella. Mahoma consintió por gratitud, pues Ebi Ben Seluk en la batalla de Bedr habia provisto de camisa á su tio Abbas. Esta concesion de Mahoma es el origen, no indicado hasta ahora, de la creencia religiosa de los musulmanes en las camisas fúnebres, las cuales, con sentencias del Coran escritas, se tienen reservadas por los grandes y los ricos para la sepultura.

Mahoma asistió al entierro de Ebi Ben Seluk, pero no recitó la oracion de los difuntos, porque fué el jefe de la oposicion durante la expedicion de Tebuk, y en el cap. IX enviado del Cielo contra los que rehusaron tomar parte en aquella expedicion, se prohibe al Profeta orar junto á su sepulcro: « No reces por ninguno de ellos cuando muera, ni te acerques á su sepultura, porque han sido infieles ante Dios y su Profeta, y han muerto como delinquentes. » Á fines de este año, Aubek condujo los peregrinos á la Meca, y allí recitó el precitado cap. IX del *Arrepentimiento* ó de la *Absolucion*, que se publicó inmediatamente despues de la expedicion de Tebuk, y comienza así: « Inmunidad de parte de Dios y de su Profeta para los idólatras con quienes hayáis hecho alianza (1). »

El año siguiente (631) se llama de las *diputaciones de homenaje*, aludiendo á las que vinieron de todos los puntos de la Arabia á prestar homenaje al conquistador de la Meca, abrazando el islamismo. Desde el año anterior las cuatro tribus árabes de los Beni-Ewasim, Malik, Saddá y Saaleben habian enviado comisionados con tal objeto; pero en este año acudieron de todos los puntos de la Arabia. Los biógrafos de Mahoma enumeran de cincuenta á sesenta; Ibrahim Alebi menciona cuarenta y nueve.

Coincidieron con la venida de los comisionados seis expediciones: la de Alf contra algunas tribus del Yemen que se habian rebelado; la de Schalia, hijo de Welid, á Nesran, para invitar á los habitantes á que adoptasen el islamismo, como lo hicieron; la de Musa el-Eshari y Moas Ben Gebel contra el Yemen dos de Gerir Ben Abdollah, la primera para destruir el ídolo Suchalla, y la segunda para invitar con la nueva doctrina á Sikelaa, gobernador del Yemen; y por último, la de Esame, en el segundo mes del siguiente año, inmediatamente antes de la muerte del Profeta, acaecida á pocos meses de la de su hijo Ibrahim. El día que este murió, hubo un eclipse de sol que, como es fácil suponer, se refirió por todos á la muerte del hijo del Profeta; pero Mahoma pronunció aquellas palabras que tanto repiten los historiadores orientales á propósito de eclipses: « El sol y la luna son dos criaturas de Dios, que no se eclipsan por la muerte de ningun hombre. »

Tan doloroso como este caso debió ser sensible para Mahoma la aparicion de tres rivales, que querian probar fortuna como profetas. El primero fué Talha, hijo de Schiniled, jefe de la tribu Esed, que ilustre por su valor mandaba mil jinetes. Shalid Ben Welid marchó á restituir al apóstata al seno del islamismo, y Talha le aseguró que del mismo modo que

(1) De la primera palabra *Beract*, absolucion, inmunidad, se deriva el nombre de los *Beract*, es decir, diplomas ó privilegios.